

Maternidad, aborto y horror: la representación del aborto en “El último verano” de Amparo Dávila y “El anillo” de Elena Garro

Claudia Gil de la Piedra*

DOI: <https://doi.org/10.32870/cl.v1i30.8043>

Resumen

Este estudio se enfoca en la representación del aborto a través de símbolos y elementos específicos de la literatura fantástica presentes en dos cuentos escritos por autoras mexicanas. En ‘El último verano’ (1977) de Amparo Dávila, se observa la maternidad no deseada en una edad madura, mientras que ‘El anillo’ (1964) de Elena Garro muestra esta misma situación en una adolescente violentada. El objetivo principal es explorar los mecanismos discursivos y los elementos literarios fantásticos que configuran una narrativa capaz de visibilizar uno de los tabúes más notables de la sociedad mexicana. Además, estos relatos evidencian los obstáculos que enfrentan las protagonistas frente a la maternidad: la pobreza, la ilegitimidad y la vejez, representados como agentes de horror.

Palabras clave: aborto, horror, literatura fantástica, literatura mexicana, maternidad

Abstract

This study focuses on the representation of abortion through symbols and specific elements of fantastical literature found in two short stories written by Mexican authors. In ‘El último verano’ (1977) by Amparo Dávila, unwanted motherhood in mature age is observed, whereas ‘El anillo’ (1964) by Elena Garro depicts the same situation in a violated teenage girl. The main objective is to explore the discursive mechanisms and fantastical literary elements that construct a narrative capable of shedding light on one of the most notable taboos in Mexican society. Furthermore, these narratives illustrate the obstacles faced by the protagonists in relation to motherhood: poverty, illegitimacy, and old age, portrayed as agents of horror.

Key words: abortion, fantastic literature, horror, mexican literature, motherhood

*Licenciada en literatura francesa por la UNAM, maestra en literatura mexicana contemporánea por la UAM-A y doctorante en literatura latinoamericana, en el CELA-UNAM. Es profesora en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey y en la UAM-Azacapotzalco.
Contacto: dickens.1789@gmail.com Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-6916-081X>.

La maternidad ha sido una construcción social que se ha transformado a lo largo del tiempo en función del contexto social y político. Existen múltiples factores que inciden en la percepción de la maternidad. Sin embargo, en este trabajo nos interesa hacer énfasis en la mirada femenina, así como en la percepción construida a partir de la vivencia y las emociones de quienes la atraviesan. Para esto, apelaremos a dos cuentos mexicanos, los cuales presentan dos visiones de resistencia a la maternidad y los factores que inciden en esta resistencia como agentes de horror. Ambos cuentos ponen el aborto como el foco de tensión a lo largo del relato. En “El anillo” de Elena Garro, se centra en el aborto de una mujer aún adolescente, a quien la pobreza extrema y su precaria juventud le impiden ser madre. El segundo, “El último verano”, de Amparo Dávila, muestra el punto de vista contrario; la maternidad desde la perspectiva de una mujer rozando la vejez, cuyo principal impedimento para maternar es la fatiga crónica y el desencanto de su vida marital. El aborto resulta una solución para ambas; sin embargo, esto viene a desestabilizar su mundo interior y su entorno familiar, lo cual conlleva consecuencias nefastas para las dos.

El aborto tiene, en ambos casos, un carácter ambivalente. Por un lado, resulta una solución rápida para las mujeres embarazadas; por otro, transgrede el equilibrio natural de lo que se espera de ellas. En ambos cuentos, el aborto se representa mediante elementos simbólicos, ya que, en el contexto socio-histórico en el que fueron escritos, no era posible hablar de este tema abiertamente. Con esto, no me refiero solo a abordar el tema en un texto literario, sino que, aún dentro de la ficción, el aborto resulta un tabú entre los personajes, que es maquillado con eufemismos y simbolismos.

Ambos cuentos se construyen dentro del espacio doméstico y familiar, existen pocos personajes y oscilan entre un paradigma de realidad colectiva y un mundo alternativo, especie de realidad onírica mezclada con la alucinación y la pesadilla. En ambos relatos, existe una línea de tiempo fragmentada armada a partir de los recuerdos, la subjetividad y el discurso interior de las protagonistas. No obstante, el tratamiento de la maternidad y el aborto difiere en razón de la oposición existente entre las protagonistas: juventud y vejez, legitimidad e ilegitimidad, pobreza extrema y familia estable.

Estos relatos abordan la representación del aborto a través de alegorías y simbolismos, explorando un tema tabú y desafiando las restricciones de su época. Profundizan en las emociones desencadenadas por este suceso mediante un discurso íntimo que in-

daga en la percepción de las protagonistas sobre sí mismas y sus cuerpos. Además, los elementos fantásticos, como se detallará más adelante, permiten articular una experiencia traumática y reflexionar sobre las complejidades que surgen al enfrentarse a los estándares sociales y a la fragmentación de la identidad femenina.

Cabe señalar que cada una de las protagonistas enfrenta sus propios conflictos como motivos de resistencia a la maternidad y sus propios sentimientos de horror, los cuales responden al contexto que las rodea. La maternidad no se presenta como el agente de horror, éste último se asocia con la imposición, el contexto en el cual surge y la presión social como consecuencia de otros agentes de horror como la vejez y la pobreza.

Maternidad como construcción cultural

La maternidad ha sido un fenómeno que ha intrigado al ser humano desde tiempos antiguos, pues conlleva la capacidad de crear vida. El nacimiento, así como la muerte, son etapas de tránsito entre un mundo y otro, entre el plano físico y lo que hay más allá de éste. Ambos sucesos se presentan como transiciones entre el mundo físico y el mundo espiritual y momentos de unión y desprendimiento entre el cuerpo y el alma. Por esta razón, el papel femenino en la sociedad, determinado, en gran medida, por su capacidad de tener hijos, resulta relevante y fundacional para las comunidades humanas.

En las culturas antiguas, como la celta, las comunidades australianas e indoamericanas, la maternidad era un rasgo de poder, aludía al principio creador de lo femenino, asociado con la tierra. El proceso de procreación exaltaba la condición femenina dentro de una comunidad, pues la preservación de ésta dependía de las mujeres. Refiriéndose al mundo antiguo, María Elisa Molina explica que:

En esta era, la participación del padre en la procreación era ignorada, mientras era evidente la de la mujer, quien conservaba y nutría el germen en su seno y propagaba la vida de su clan en el mundo visible. De esta perspectiva el universo es visto como una Madre bondadosa que todo lo da y que la tierra en su fertilidad represente a la mujer (Molina, 2006, p. 94).

Por ello es importante subrayar el carácter mágico del proceso de gestación y alumbramiento, el cual otorgaba a las mujeres una cualidad divina. Édouard Brasey explica cómo “la maternidad hace a las mujeres demiurgas: crean seres de carne y sangre, gracias a una alquimia milagrosa y secreta a la que los hombres jamás podrán acceder” (Brasey, 2001, p. 175- 176).

No obstante, esta idea cambió a lo largo de la Historia. Aquella alquimia milagrosa tan celebrada por las culturas antiguas, fue estigmatizada después de la consolidación del cristianismo. La maternidad no podía ser explicada bíblicamente y se mostraba como algo desconocido. Por esta razón, fue asociada con la sexualidad y, en consecuencia, con el pecado. Brasey menciona que “este poder femenino sobre la vida tiene para el hombre algo de fascinante y espantoso. Aquello que no se conoce siempre da miedo. Una mujer encinta o de parto adquiere una dimensión sagrada, oculta, mágica” (Brasey, 2001, p. 176).

Así como la fertilidad, la maternidad y lo femenino representaron los pilares de las sociedades antiguas, éstas perdieron sus atributos divinos, ya que, según explica Roger Caillois, todo aquello que es sagrado posee una naturaleza ambivalente. “No existe nada que no pueda convertirse en sede de lo sagrado, revistiendo así a los ojos del individuo o de la colectividad un prestigio inigualable. No hay tampoco nada que no pueda ser despojado de ese privilegio” (Caillois, 2013, p. 12). El mundo cristiano occidental suprimió la divinidad de la maternidad imponiendo una nueva idea de la creación de la vida, asociando a las mujeres con el pecado original mediante la figura de Eva.

A su vez, el embarazo y el nacimiento fueron relacionados con lo secreto y, al mismo tiempo, con lo impuro. El carácter ambivalente de la fertilidad se hace notar en las mujeres, “la mujer, en los momentos críticos de su vida, cuando se presenta como un ser ensangrentado y herido, en los días de su menstruación (y sobre todo al iniciarse la pubertad), o al dar a luz (especialmente al nacer su primer hijo)” (Caillois, 2013, p. 35). Aquello asociado con la maternidad: la menstruación, el embarazo, el aborto, la concepción y la sexualidad, fueron delimitados como prohibidos y encerrados en el término polinesio *tabú*, el cual designa la prohibición de todo aquello que puede desestabilizar el orden cósmico. Caillois explica que este término “define de manera absoluta lo que está permitido y lo que no lo está. Se halla destinado a mantener la integridad del mundo organizado y al mismo tiempo la salud física y moral del ser que lo observa” (Caillois, 2013, p. 17).

La construcción social respecto a la maternidad, después del siglo XIX en Occidente, se encuentra en estrecha relación con el hogar y lo doméstico. En consecuencia, la mujer es relegada a los espacios privados, a la esfera de lo familiar y lo íntimo, en oposición a la esfera pública, la cual es definida como masculina y donde se llevan a cabo los grandes acontecimientos históricos y sociales. Posteriormente, es

posible observar diversas críticas y oposiciones a la rígida delimitación de las mujeres dentro del espacio doméstico; por un lado, en el espacio literario y, por otro, en las diversas manifestaciones artísticas e intelectuales. Simone de Beauvoir subraya esta degradación de la función social femenina, afirmando que “dedicada a la procreación y a tareas secundarias, despojada de su importancia práctica y de su prestigio místico, la mujer ya solo aparece como una sirvienta” (Beauvoir, 1970, p.106).

En el ámbito literario, algunas escritoras han cuestionado el papel que desempeñan las mujeres dentro de sus hogares y el encierro al que eran sometidas, al ser mujeres casadas, como un modo de vida cotidiano, en distintas representaciones literarias. Algunos ejemplos son los cuentos de Elena Garro, Amparo Dávila, Rosario Castellanos y Clarice Lispector. Sin embargo, existen pocos textos que abordan el aborto. Algunos ejemplos son la novela *Sangre en las manos* (1959), de la escritora ecuatoriana Laura Pérez de Oleas Zambrano. En esta novela se narra el juicio que debe enfrentar una obstetra a causa de la muerte de una mujer durante su proceso de aborto.

La trama está basada en la historia de Carmela Granja, una mujer que ejercía el aborto clandestino en Quito y fue condenada a prisión tras la muerte de una de sus pacientes. La protagonista de *Sangre en las manos*, Estenia Germán, reproduce este suceso y, a través de su enjuiciamiento, se narra la historia de varias de sus pacientes, quienes cuentan su experiencia al abortar. El texto pone en juego los valores morales, la percepción social de la maternidad y del aborto, así como la responsabilidad social de las mujeres frente a la maternidad.

No obstante, el objetivo de este trabajo es analizar la representación del aborto como un cuestionamiento de la maternidad y de la imposición social en dos cuentos: “El anillo” (1964) de Elena Garro, y “El último verano” (1977) de Amparo Dávila. Ambos cuentos problematizan las tensiones de un embarazo no deseado desde la mirada íntima, exponiendo las consecuencias físicas y emocionales de quienes lo viven. Existe una diferencia significativa con la novela de Laura Pérez de Oleas, pues las narrativas de Garro y Dávila no muestran la perspectiva social ni la mirada social, que observa desde el exterior, sino la percepción desde el interior de la mujer que atraviesa esta experiencia, la cual resulta ser devastadora y, en ambos casos, termina con la vida de las protagonistas.

Aunque *Sangre en las manos* muestra el testimonio del aborto de las personas que lo vivieron, estas son observadas desde fuera y su testimonio expuesto. Mientras que Garro y Dávila muestran esta

experiencia al interior de la mujer embarazada y, en el caso de Garro, de la madre, Camila, quien se encarga de narrar la historia de Severina porque ella ya no puede hacerlo. Sin embargo, Camila y la partera son las únicas testigas del proceso de declive físico y mental de Severina. Nadie más en la familia está presente al momento del aborto.

Otra característica de estos cuentos es que se narran en un modo fantástico, lo cual permite la libre metafORIZACIÓN de los tabúes sociales, así como de las emociones extremas como la ira, la desesperación, el horror y el miedo. La literatura fantástica permite un medio de escape al horror cotidiano, valiéndose de un discurso articulado por símbolos, alegorías, alucinaciones y pesadillas, apelando a mundos extraños, al inconsciente, la ensoñación y a diferentes planos de tiempo y espacio. De este modo, el género fantástico permite exponer el horror de lo cotidiano apelando a otros planos de realidad y aludiendo al mundo espiritual, a lo sagrado y a lo profano en conflicto constante.

Nuestra hipótesis principal plantea que la maternidad, dentro de ambos cuentos aquí analizados, no representa en ningún momento un agente de horror. La maternidad, considerada desde la antigüedad como una condición sagrada, funciona como el detonador de los miedos que ya existen y que no son visibles hasta el momento en el que la mujer está embarazada. Este horror proviene de las circunstancias que rodean al personaje; en el caso de los cuentos que se analizan, la pobreza y la vejez causan temor hacia la maternidad, pues la mujer se sabe sola, aislada y castigada socialmente. Por esta razón, la mujer se niega a ser madre, pues su maternidad será un estigma social que le impide encajar en su comunidad, transformando su mayor poder en su mayor debilidad, cuya confrontación implica consecuencias terribles, ya que el personaje se sumerge en un conflicto interior entre el deber ser y el querer ser.

Dicha lucha llevada al extremo desemboca en locura y muerte. En el conflicto, se observa la angustia extrema, lo cual provoca delirio, pesadillas y, en ambos casos, la oscilación entre la vida y la muerte. En el caso de Elena Garro, Severina, la mujer embarazada, se encuentra en un estado de semi-consciencia, atravesando un dolor físico extremo. En el caso de Amparo Dávila, la protagonista no experimenta estos dolores, sino que experimenta una fatiga extrema y atraviesa un dolor psicológico que la atormenta día y noche, provocando insomnio y malestar. En ambos cuentos el desenlace es fatal para los personajes pues es imposible conciliar sus deseos con su realidad cotidiana.

El anillo

“El anillo” es un cuento, escrito por Elena Garro y publicado en el volumen de cuentos *La semana de colores*, en 1964. Éste narra la historia de Severina, una joven quien sostiene una relación con un tal Adrián Cadena. Camila, la madre de Severina, cuenta lo sucedido en la delegación de policía, cuando la tragedia familiar ha llegado a su clímax, pues Camila ha asesinado a Adrián. El cuento se desarrolla a través de los recuerdos y la percepción de Camila, dejando en secreto la naturaleza de la relación entre su hija y Adrián, pues lo único que la narradora observó fue el embarazo de su hija, su depresión, su enfermedad y el aborto como consecuencia de la imposibilidad de ser madre.

El cuento presenta algunos elementos simbólicos asociados con agentes sobrenaturales que sitúan los acontecimientos narrados en un punto medio entre el mundo físico y el plano espiritual. El cuento construye un mundo paralelo donde las ideas, los sentimientos y algunos sucesos aparecen metafORIZADOS; por ejemplo: el mal, el capricho, el amor, las promesas, el destino, la maternidad y el aborto. Las metáforas se incrustan en un paradigma de realidad que reproduce un entorno rural donde se configura un entorno sombrío como consecuencia de la desgracia y la muerte, “Siempre fuimos pobres, señor, y siempre fuimos desgraciados” (Garro, 2022, p. 106).

Para empezar, es necesario enmarcar el contexto del cuento, ya que la miseria, tanto física como espiritual, es subrayada por la madre en numerosas ocasiones. La extrema pobreza en la que vive la familia de Severina, el alcoholismo de su padre y la indefensión y vulnerabilidad de las mujeres resultan obstáculos sociales que ponen de manifiesto la imposibilidad de materner o de establecer una relación matrimonial con un hombre de buena familia. “Ser pobre, señor, es irse quebrando como cualquier ladrillo muy pisado. Así somos los pobres, ni quien nos mire y todos nos pasan por encima” (Garro, 2022, p. 107).

A pesar de todas estas circunstancias, Adrián observa a Severina desde la cantina “El capricho”, cuyo nombre resulta muy pertinente, y siente deseo sexual por ella. La cantina alude a los vicios, por lo general, atribuidos a los hombres y a sus conductas machistas, las cuales están muy marcadas a lo largo del cuento, como la misma narradora expresa: “mi esposo, como es debido cuando una es mal casada, bebe, y cuando yo me ausento se dedica a golpear a mis muchachos” (Garro, 2022, p. 106). La cantina es un lugar asociado al alcohol y a la lujuria, pues las únicas mujeres que pueden entrar sin ser mal vistas, son las prostitutas. La violencia también se asocia con

el alcoholismo, como puede verse en la cita. La madre denuncia lo que sucede en su casa y se muestra temerosa de que su hija sufra el mismo destino.

Al igual que con su marido, Camila hace notar la naturaleza viciosa de Adrián, insinuando, de algún modo, su maldad pues, según la madre, “los más de los días los pasaba en la puerta de El Capricho mirando como comprábamos la sal y las botellas de refrescos” (Garro, 2022, p. 107). En ese momento, la madre advierte el interés de Adrián hacia su hija y el temor que esto despierta en ella. Posteriormente, Adrián se vale de la hermana menor para saber si Severina está prometida “¿y para quién está hecha tu hermanita Severina? (...) ¿y esa mano en la que lleva el anillo a quién se la regaló?” (Garro, 2022, p. 107). Estas frases aluden al compromiso, al dar la mano de alguien se consolida una promesa de matrimonio. Adrián intenta saber si Severina está prometida con alguien para poder acercarse a ella.

Cabe señalar que ningún personaje habla de manera literal, sino que todos se valen de metáforas y simbolismos, lo cual sumerge al lector en una suerte de realidad alternativa. Un ejemplo se muestra en la cita anterior, en el modo de preguntar si Severina está prometida con las metáforas de la mano y el anillo. El discurso, enunciado por la madre, está filtrado por la subjetividad; sin embargo, toda la acción del cuento se desarrolla en un plano metafórico, lo cual posibilita múltiples interpretaciones de lo sucedido entre Adrián y Severina.

Cabe señalar que el relato de Camila se centra en dos hechos que son considerados tabús: el aborto y el asesinato de Adrián. En un principio, Camila expone su miseria y la de su familia a modo de justificación, pero después, el relato se centra en el aborto y la enfermedad de su hija. Un día, la chica llega tarde a su casa, con la mano hinchada y sin el anillo que su madre le había regalado, “su mano estaba hinchada y el anillo no lo llevaba” (Garro, 2022, p. 108). En ese momento, sabemos que Severina ha tenido una relación sexual con Adrián, pues, al quitarle el anillo, le ha arrebatado la posibilidad de casarse “bien”, que su madre había previsto para ella. Elena Garro metaforiza este suceso mediante el despojo del anillo, aludiendo al despojo de la virginidad, y la hinchazón de la mano como consecuencia de esto, la cual evoca el vientre hinchado del embarazo.

A partir de este momento, el plano de realidad, ya de por sí sumergido en una especie de mundo paralelo, se desestabiliza y la historia parece transcurrir entre símbolos y acertijos, dentro de un plano onírico. Severina cae enferma de gravedad, sin comer ni dormir y empieza a secarse, “pasó el tiempo y Se-

verina seguía secándose. Sólo su mano seguía hinchada” (Garro, 2022, p. 108). Es posible interpretar la sequedad como una metáfora polisémica que alude no sólo al deterioro físico, sino a la extrema depresión de la joven, al desamor o a su conflicto interior ante la incertidumbre de no saber qué hacer. El embarazo la sitúa en el límite entre la vida y la muerte, pues a partir de esto, Severina parece estar “endemoniada”, “Esa noche Severina empezó a hablar el idioma de los maleados. ¡Ay Jesús bendito, no permitas que mi hija muera endemoniada!” (Garro, 2022, p. 109). Los términos que aluden al embarazo se asocian con el mal y con el demonio, aludiendo directamente al pecado, a lo ilegítimo y al estigma que cae sobre la chica. De igual manera, la seducción y embarazo de Severina se ven como una acción maléfica por parte de Adrián, “lo único que la gente regala es el Mal” (Garro, 2022, p. 109).

Los sucesos siguientes implican sólo la participación de Camila, Severina y la mujer partera, Fulgencia. Las tres mujeres parecen llevar a cabo un ritual dentro de un espacio secreto que no admite la presencia de ningún miembro masculino de la familia y, en general, de nadie más: “toda la noche Fulgencia curó a la niña, cubierta con una sábana. -Después de que cante el primer gallo, le habré sacado el mal- dijo” (Garro, 2022, p. 109). El aborto se representa sacando del pecho de la joven un animal con pedazos de su corazón entre las garras, lo que lleva a pensar que el aborto representa para Severina un dolor emocional que desgarrar su corazón. La curación se lleva a cabo en lo oculto, de noche y bajo una sábana, lo cual evoca los rituales prohibidos. El primer canto del gallo se refiere a las 3 de la mañana en la tradición cristiana, cuando se supone que el apóstol Pedro negó a Jesús. Por lo general, esto representa un mal presagio en la cultura popular. Asimismo, se habla de sacar el animal antes de los tres meses y también de sacarlo tres veces del cuerpo de Severina. El aborto se representa como algo oscuro, que se realiza durante la noche, en secreto, en la intimidad y se relaciona con el demonio.

Con base en esto, el aborto se sitúa en el ámbito de lo profano y lo prohibido, y como un hecho que altera el orden natural del universo. La interrupción de la maternidad desestabiliza la función social atribuida a las mujeres y rompe con la tradición de los roles que han sido heredados de madres a hijas, como en el caso de Camila y Severina. Es fundamental analizar la figura del anillo dentro del relato para dar cuenta de la importancia de su representación. Según Jean Chevalier, “el anillo sirve esencialmente para marcar un lazo, para atar. En el cuento, el anillo aparece como el signo de una alianza, de un voto, de

una comunidad, de un destino asociado” (Chevalier, 1986, p. 236). Camila, la madre, es quien obsequió el anillo a Severina. Éste alude a la transmisión de la función de madre y esposa y la capacidad de formar un hogar, así como la promesa de una buena alianza matrimonial. Es simbólico que Camila regala el anillo a su hija mayor, marcando el momento en el que Severina puede salir al mundo y formar una familia; está lista para el matrimonio. “Qué suerte la de la joven que puede señalar con su dedo para lucir un anillo” (Garro, 2022, p. 107). Sin embargo, al final, la alianza se vuelve transmisor del mismo destino de Camila y los suyos: la desgracia y la pobreza, las cuales están presentes a lo largo de su discurso.

La interrupción de la continuidad de los roles sociales obedece a factores externos que desestabilizan la vida de la familia de la protagonista. La pobreza y la desgracia habían ya sesgado la maternidad de Camila, quien habla del asesinato de su hijo primogénito, a lo que sucede el aborto de su hija mayor. Existen dos obstáculos fundamentales para la maternidad de Severina: la ilegitimidad de su hijo, fuera del matrimonio, y la pobreza extrema en la que vive. Por esta última razón, Adrián elige casarse con su prima. Al final, Severina reclama a su madre el asesinato de su amante: “Yo le rogué que no se casara con su prima Inés. Ahora el día que yo muera, me voy a topar con su enojo por haberlo separado de ella...” (Garro, 2022, p. 112-113). Adrián es asesinado el mismo día que se casó. Camila le había pedido que devolviera el anillo a su hija; no obstante, devolver el anillo era imposible, pues no había manera de devolver a Severina su condición respetable para poder casarse y evadir su desgracia. El aborto se presenta como una solución para guardar el secreto.

El aborto se percibe desde fuera, desde la mirada de la madre, quien lo describe como un animal y da cuenta del daño físico y emocional que causa a su hija este suceso diciendo que “el animal traía entre sus patas pedacitos de su corazón. Porque mi niña tenía al animal amarrado a su corazón...” (Garro, 2022, p. 109). El cuento se construye a partir de varias tensiones, como el ambiente lúgubre de la pobreza, el alcoholismo y la muerte, los asesinatos mencionados y la mención constante del Mal. El aborto de Severina es la consecuencia inevitable de esta atmósfera asfixiante en la que vive y la imposibilidad de salir de ella. El horror proviene de su propio contexto, en el cual, la maternidad es aterradora, al no poder alimentar ni educar a sus hijos y transmitirles su propia miseria, además de atravesarla en la soledad y la violencia.

El último verano

Este cuento que forma parte de *Árboles petrificados* (1977), narra la historia de una mujer fatigada por la maternidad y por su rol de esposa. Sobre este tema, existen dos estudios previos que están de acuerdo en que la narración configura el estereotipo de la madre (Claudia Gutiérrez Piña, 2019 y Cuauhtémoc Díaz González, 2020). Por un lado, Díaz González afirma que

...la isotopía que se va construyendo en *El último verano* es la de una relación huésped y parásito. Un ser interno iba consumiéndolo a la mujer al grado de que, previo al aborto, ya ni siquiera conseguía dormir” (Díaz, 2020, p. 136), como si el feto fuera una especie de aparición monstruosa que parasita y desgasta el cuerpo de la protagonista. Díaz afirma que “El cansancio cotidiano no es el que la aqueja, sino el hijo que ocupa el vientre, el que la desmejora, la desvitaliza (Díaz, 2020, p. 135).

No obstante, es necesario percibir al hijo no nato como un efecto de sentido que alude a la acumulación o la gestación de los sentimientos que la mujer ha reprimido y cuya súbita aparición trae de vuelta las frustraciones del pasado, como la pérdida de sus ilusiones juveniles “nadie pensaría que esa que estaba mirándola detrás del vidrio del portarretratos había sido ella, si, ella, cuando estaba tan llena de ilusiones y de proyectos, en cambio ahora...” (Dávila, 2021, p. 205). De igual manera, la advertencia en voz de su madre respecto a su marido es evocada en medio de su angustia: “no es partido para ti, hija, nunca logrará nada en la vida, no tiene aspiraciones y lo único que hará será llenarte de hijos” (Dávila, 2021, p. 206). La voz narrativa pone en relieve “el mundo de pensamientos y sentimientos” que se confrontan en la cabeza de la protagonista, entre recuerdos, nostalgia y miedo, provocando un sentimiento de horror siniestro.

La fatiga está presente en todo el relato; sin embargo, no es el hijo, sino la fatiga acumulada a lo largo de su vida marital lo que la aqueja tan terriblemente. El hijo nonato puede definirse como la metáfora del tedio y la indiferencia gestada durante los años en que su marido se ha revelado como un hombre indiferente y negligente hacia su familia, “si, otro hijo más, y él no haría el más mínimo esfuerzo por buscarse otro trabajo y ganar más dinero, qué le importaba que ella hiciera milagros con el gasto, o que se muriera de fatiga” (Dávila, 2021, p. 207). La indiferencia de su marido enfatiza el miedo de la mujer, pues sabe que ella tendrá que enfrentar sola el embarazo y todo lo que esto implica “¡Claro! él no tendría que dar a luz un hijo más, ni que cuidarlo” (Dávila, 2021, p. 207).

Por otro lado, Gutiérrez Piña afirma que “el tratamiento de la simbólica femenina hace de la maternidad el agente del horror en el relato” (Gutiérrez, 2019, p. 137). Sin embargo, es importante hacer notar que la maternidad no provoca horror, la mujer ha sido madre 6 veces previas y no existe el rechazo hacia sus hijos ni hacia la acción de matar. Lo que provoca horror son las condiciones que rodean este hecho: la amenaza de la vejez, la falta de energía, la crianza en soledad, el desfase de su familia, hijos muy grandes y un bebé, relegando el tiempo de su vida (de la protagonista). Por el contrario, podemos afirmar que el agente de horror es la vejez, la cual pone de manifiesto la gradual pérdida de sí misma, enfatizada por la pérdida de la capacidad de cumplir su papel social como madre: “claro que no es posible sentirse contenta y animosa cuando de sobra se sabe que una no es ya una mujer sino una sombra, una sombra que se irá desvaneciendo lentamente, lentamente...” (Dávila, 2021, p. 205).

Asimismo, la falta de apoyo y el aislamiento familiar, pues parece que solo tiene hijos varones, reafirman el aislamiento de la mujer. Las circunstancias que rodean su embarazo subrayan la pérdida de la juventud y de la energía, además del desencanto de su vida familiar y la necesidad de transgredir su papel de esposa y madre: “los hijos son un premio, una dádiva, pero cuando se tienen cuarenta y cinco años y seis hijos, otro hijo más no es un premio sino un castigo porque ya no se cuenta con fuerzas ni alientos para seguir adelante” (Dávila, 2021, p. 207).

Existe una desfamiliarización (*unheimlich*) del propio cuerpo; lo que antes era un lugar seguro y familiar, ahora se ve amenazado por algo desconocido. En su ensayo “Lo siniestro”, Freud evocaba la voz alemana *heimlich* como sinónimo de “íntimo”, “familiar” y “hogareño” para poder definir su opuesto “*unheimlich*”, “imponiéndose en consecuencia la deducción de que lo siniestro causa espanto porque no es conocido o familiar” (Freud, 1919, p. 2). Sin embargo, el agente extraño no es, como afirma Cuauhtémoc Díaz, el feto; sino que ella misma se percibe extraña y ajena a lo que solía ser. La primera parte del cuento nos remite a la disociación de la imagen de ella misma, entre el espejo y la fotografía de su juventud, donde aparecen dos versiones opuestas de ella misma. El contraste entre ambas provoca un efecto de tristeza y apatía: “experimentó un inmenso dolor al comparar a la joven de la fotografía con la imagen que se reflejaba en el espejo, su propia imagen” (Dávila, 2021, p. 207), los cuales enfatizan su fatiga.

Aunado a la sensación de vejez y declive, existe un distanciamiento del propio cuerpo al mo-

mento de estar embarazada, el cual acentúa la depresión crónica de la protagonista. El cuerpo se muestra como algo extraño que desestabiliza la percepción de sí misma. El cansancio y los síntomas que el personaje manifiesta exponen la transformación en el cuerpo de la mujer, la cual provoca depresión, ansiedad y temor. El periodo de lactancia y cuidado del bebé se observa también como una amenaza a la tranquilidad

El hogar que formó y donde había puesto sus esperanzas la ha decepcionado debido a la indiferencia de su marido. En consecuencia, su cuerpo y su propio hogar, los cuales resultaban en un principio el espacio familiar, se muestran ahora extraños y amenazadores. Ella es consciente de que su cuerpo no podrá resistir el embarazo y la crianza de otro hijo y, dentro de su hogar, ella ya no es indispensable, es solo una sombra, pues ya todos hacen actividades distintas que prescindan de ella. “Esa tarde, Pepe había ido al centro a comprar zapatos y a la peluquería. Los tres niños más pequeños a la doctrina como todos los sábados, y los mayores a jugar basquet” (Dávila, 2021, p. 209).

La consecuencia final de lo anterior es el aborto del hijo esperado, lo cual enfatiza su declive: “algo caliente y gelatinoso empezó a correr entre sus piernas. Miró hacia abajo y vio sobre el piso un ramo de amapolas deshojadas” (Dávila, 2021, pp. 207-208). El ramo de amapolas deshojadas podría reflejar una interpretación ambivalente. Por un lado, la pérdida del hijo nonato y, por otro, la pérdida de su última cualidad de mujer joven: la capacidad de ser madre. Aquí, la protagonista aborta también el último vestigio de su juventud, reafirmando que se trata, en efecto, de su “último verano”. Asimismo, se quiebra cualquier esperanza de considerar hogar a la atmósfera asfixiante que la envuelve y de la cual no puede escapar, más que con la muerte. El simbolismo es también ambivalente en el sentido del contraste entre lo bello, representado por las flores, y lo grotesco que se presenta en lo desagradable de la escena de un aborto.

La narración transcurre entre frases que provocan angustia, acelerando el ritmo a través de los adverbios y otros conectores temporales: “los días pasaban, pasaban los días, las semanas, así transcurría el verano” Sin embargo, la tensión principal, o aquello que parece ser la acción principal del cuento, es el aborto, aunque este no es la causa del horror, sino una consecuencia de lo ya expuesto. La maternidad no deseada es un detonador, el cual pone de manifiesto aquello que estaba oculto en la rutina cotidiana: la indiferencia familiar, el tedio, la monotonía, la soledad y la cercanía de la vejez. El aborto puede interpretarse como la pérdida de sí misma y de las ilusiones que albergó en su juventud, las cuales son explícitas al inicio del cuento.

Conclusiones

La representación del aborto en estos cuentos se convierte en una profundización del tabú social, ya que se trata de un fenómeno que, dentro de la ficción, también es percibido como prohibido o censurado. Los cuentos exponen dos miradas distintas: interior y exterior. En “El anillo”, se observa la perspectiva exterior, el espectador. En este caso, la madre observa los síntomas y la gravedad del hecho en el cuerpo de otra persona. Si bien existe una fuerte cercanía entre ambas mujeres y una línea de sangre y herencia, Camila es un personaje externo quien saca sus propias conclusiones y, al final, se revela la falta de conocimiento sobre los sentimientos de su hija. Contrario a esto, en “El último verano”, la protagonista siente y percibe todos los síntomas, el cambio en su cuerpo, la extrema fatiga, la decepción ante su vida y el desencanto de su matrimonio.

En ambos casos, el horror proviene de un extrañamiento del propio cuerpo. De pronto, las mujeres dejan de ser ellas, entran en conflicto con su identidad y rompen con la estabilidad del mundo a su alrededor, pues su vida cambia radicalmente, sin la posibilidad de dar marcha atrás. El aborto marca un momento estructural en la vida de los personajes, pues conlleva inevitables consecuencias que rompen con el orden de la realidad cotidiana. En ambos casos, este hecho implica la muerte como consecuencia, aunque no es una consecuencia directa del aborto, sino del juicio social, la depresión postraumática y la imposibilidad de retomar la aparente “normalidad” previa a este hecho traumático.

El aborto nunca es mencionado explícitamente, sino que se sugiere a través de simbolismos. En ninguno de los dos casos parece haber sido una decisión consciente. En “El anillo”, Severina nunca manifiesta su voluntad, sino que su madre decide que es lo mejor para ella, para “sacarle el mal”. En “El último verano”, la protagonista nunca manifiesta abiertamente el deseo de perder a su hijo, aunque a lo largo del cuento, está pensando en todas las razones por las cuales un nuevo hijo no es conveniente, por lo que el tedio y temor de maternar están presentes todo el tiempo en sus pensamientos.

Al final, el aborto es un mecanismo liberador para ambos personajes, aunque las consecuencias son nefastas para ambas. Amparo Dávila nos presenta una terrible escena de suicidio, donde la muerte se asume como una liberación para no perpetuar el destino al que estaba condenada. Por su parte, Elena Garro sugiere que Severina no vivirá mucho tiempo después del aborto. Algunas líneas antes, la partera anticipa que el animal le ha desgarrado el corazón y que, aun

cuando se le saque tres veces, éste volverá a anidar dentro y que la única manera de curarla es devolviendo el anillo, el cual está ya tinto en sangre, cosido en el interior de la camisa de Adrián. La muerte de ambos personajes, Adrián y Severina, se presenta también como una liberación y un escape ante un amor imposible.

En ambos cuentos, el embarazo parecería una suerte de alegoría de una pena concebida a partir de los factores externos que rodean a los personajes, como si estas mujeres manifestaran su dolor y el horror de su vida mediante un embarazo que les causa un intenso malestar y que se manifiesta más bien como una enfermedad. Como hemos visto, los agentes de horror en los cuentos resultan ser las prohibiciones, las decepciones y la tristeza e inconformidad que las mujeres manifiestan en su vida. En respuesta, el embarazo evoca el cúmulo de emociones negativas y la manifestación física de su incomodidad.

Finalmente, el aborto representa un hecho traumático ambivalente, pues se vive desde el interior, en el cuerpo y mente de quien lo atraviesa; y desde el exterior, observado por las personas que rodean a la mujer que aborta. Asimismo, esta situación, considerada tabú, representa un estigma social del cual es imposible desprenderse y, por lo tanto, resulta en una ruptura con el cuerpo y la identidad. Por estas razones, el discurso fantástico y sobrenatural, la metaforización y el simbolismo permiten explorar las sensaciones de malestar, miedo y angustia dentro de la ficción, y permite también hacer frente a un cúmulo de sensaciones y experiencias desconocidas que ninguna mujer debe atravesar en soledad.

Referencias

- Beauvoir, S. (1970). *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*. Siglo Veinte.
- Brasey, É. (2001). *Brujas y demonios. El universo feérico* (Vol. V). Morgana.
- Chevalier, J. (1986). *Diccionario de los símbolos*. Herder.
- Dávila, A. (2021). *Cuentos reunidos* (7.a ed.). Fondo de cultura económica.
- Díaz González, C. (2020). La metamorfosis de la pérdida en tres cuentos de Amparo Dávila. *Connotas. Revista de crítica y teoría literarias*, 21, 123-145. Recuperado de <https://www.scielo.org.mx/pdf/crct/n21/2448-6019-connotas-21-123.pdf>

Freud, S. (1919). Lo siniestro. Librodot. Recuperado de <https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-23-Freud.LoSiniestro.pdf>

Garro, E. (2022). Cuentos completos (3.a reimp.). Penguin Random House.

Gutiérrez, C. (2018). Amapolas deshojadas o el horror de la maternidad. “El último verano” de Amparo Dávila. *Literatura mexicana*, pp. 133-151.

Molina, M. E. (2006). Transformaciones histórico-culturales del concepto de maternidad y sus repercusiones en la identidad de la mujer. *Psykhé*, 15(2), 93-103. Recuperado de <https://ojs.uc.cl/index.php/psykhe/article/view/19845>